

Holguín, 19 de abril de 2021

SACERDOTES, DIÁCONOS, RELIGIOSOS, RELIGIOSAS Y FIELES LAICOS DE LA DIÓCESIS

Queridos hermanos:

Ayer, al celebrar el Tercer Domingo de Pascua, el texto evangélico proclamado (Lc. 24,35-48) relata el regreso de los peregrinos de Emaús y el encuentro que sostuvieron con los demás discípulos que estaban reunidos, y fue cuando “se presenta Jesús, en medio de ellos y les dice: ¡Paz a ustedes!”. Ellos se alarmaron, se llenaron de miedo, incluso creían ver un fantasma. Y Jesús les pregunta: “¿Por qué surgen dudas en su interior?” y, después de mostrarles las manos y los pies, los invita a comer y les dice:

“Esto es lo que les decía mientras estaba con ustedes, que todo lo escrito en la ley de Moisés y en los profetas y salmos acerca de mí tenía que cumplirse” (v. 44)

En este sencillo texto, Jesús revela que Él da cumplimiento a lo escrito en la ley y a lo anunciado por los profetas (recuerden que, cuando la Transfiguración en el Monte Tabor, además de los tres apóstoles invitados, también estaban presente Moisés -la ley- y Elías -los profetas-) y, en este caso, añade: “y Salmos”.

Los 150 Salmos que integran el Salterio era el “devocionario” de cuantos integraban “el resto fiel” y el fundamento de su espiritualidad sustentada en la pobreza, la humildad y la total confianza en Dios. Ese fue el sencillo manantial en el que los miembros del pequeño resto encontraron la fuente que sostuvo en ellos la esperanza en las promesas del Padre.

Así lo expresó María cuando pronunció el Magnificat, que es un cántico de alabanza y acción de gracias totalmente enraizado en la espiritualidad que brota de los Salmos. De ese sencillo modo de relacionarse con Dios es de donde emerge con prontitud la respuesta que da al mensaje del Ángel: “Hágase en mí según su palabra”. ¡Confianza plena en la voluntad de Dios!

Es lo que también podemos pensar de José que, sin pronunciar palabras, supo corresponder con total disposición y con gestos y acciones certeras. También José, con su vida, le dijo a Dios: “¡Hágase!”.

Un ejemplo nos lo ofrece el Salmo responsorial que recitamos en la Misa de ayer. El Salmo 4 que reza así:

*Escúchame cuando te invoco, Dios, defensor mío:
tú que en el aprieto me diste anchura,
ten piedad de mí y escucha mi oración.*

*Sépanlo: El Señor hizo milagros en mi favor,
y el Señor me escuchará cuando lo invoque.*

*Hay muchos que dicen:
“¿Quién nos hará ver la dicha,
si la luz de su rostro ha huido de nosotros?”*

*En paz me acuesto y en seguida me duermo,
porque tú solo, Señor,
me haces vivir tranquilo.*

¿Cuántas veces habrá rezado José este Salmo? ¿En cuántas ocasiones lo habrá hecho junto con María y también con Jesús? Ante situaciones específicas que tuvo que afrontar, ¿en cuántas de ellas habrá encontrado en la sabiduría espiritual de este Salmo la capacidad para actuar con su confianza puesta en Dios totalmente?

¡Tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo!

Hoy, lunes 19, durante el día sostuve un encuentro fraternal con un sacerdote comentando las cosas de la vida diaria, tanto personales como comunitarias y sociales y, poco después, lo invitó a que rezara el Salmo 4 y, minutos más tarde, me expresó que, en este día, él reza el Salmo 118. Entonces, abrí la Biblia y busqué dicho Salmo y me sorprendí al darme cuenta que tenía 176 versículos y comencé a rezarlo muy despacio, en comunión espiritual con mi hermano que me lo había sugerido.

Queridos hermanos y hermanas, cuando concluí de rezar, cerré la Biblia y me pregunté: ¿Cuántas veces yo he rezado este Salmo de comienzo a fin, como lo había acabado de hacer? También pensé que si hubiese ido marcando los versículos con un resaltador, hubiese destacado el Salmo entero porque, a la vez que reconoce al Señor -su poder, sus mandamientos, promesas y cercanía- también enseña, anima, orienta, pacifica, renueva el espíritu, marca pautas sencillas, reconoce, alienta, invita a la confianza en el amor y misericordia de Dios y, finalmente, abre el espíritu interior a la esperanza.

Con este espíritu pensé cómo la Iglesia nos invita a los sacerdotes y a la vida religiosa, también a muchos laicos que se unen a esta oración, a rezar los Salmos diariamente: en el Oficio de Lecturas, Laudes, Hora Intermedia, Vísperas y Completas. Entonces, volví a pensar en las palabras de Jesús:

“Esto es lo que les decía mientras estaba con ustedes, que todo lo escrito en la ley de Moisés y en los profetas y salmos acerca de mí tenía que cumplirse” (cf. Lc. 24, 44)

Y pensé que, el próximo domingo IV de Pascua celebramos la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones y, al día siguiente -lunes 26-, Fiesta de San Isidoro, Patrono de nuestra Diócesis, tenemos programada la celebración de la Misa Crismal, en la que los sacerdotes renovarán los compromisos contraídos el día en que recibieron la Ordenación Sacerdotal.

Y fui en busca de la Carta “Patris corde”, que marca algunas pautas para celebrar el Año de San José y, en el numeral 7, el Papa Francisco describe a San José como “Padre en la sombra”, y de dicho texto resalto dos expresiones:

- **“La Iglesia de hoy en día necesita padres”.**

“Ser padre significa introducir al niño en la experiencia de la vida, en la realidad. No para retenerlo, no para encarcelarlo, no para poseerlo, sino para hacerlo capaz de elegir, de ser libre, de salir”.

- **“El mundo necesita padres”.**

“Rechaza a los amos, es decir: rechaza a los que quieren usar la posesión del otro para llenar su propio vacío; rehúsa a los que confunde autoridad con autoritarismo, servicio con servilismo, confrontación con opresión, caridad con asistencialismo, fuerza con destrucción”.

Continuemos, queridos hermanos y hermanas, el camino pascual imitando a los dos peregrinos de Emaús, después de haberse encontrado con el Resucitado. Y, en este mes del 19 de abril al 19 de mayo (Pentecostés lo celebraremos, Dm., el 23) pidámosle especialmente a San José, que interceda por nuestros sacerdotes, por el P. Marcos Pirán que recibirá la consagración episcopal el 15 de mayo, oremos por las vocaciones al sacerdocio y, pidámosle muy especialmente, que aquellos hermanos nuestros que hacen el Proceso de Iniciación Cristiana, así como los que participan en la Pastoral de Adolescentes y Juvenil para que, no solo participen en la Misa dominical y en los grupos juveniles, sino que ello les sirva para enraizarse en lo que conlleva ser discípulo misionero de Jesucristo y, a partir de esa sencilla vivencia espiritual que fragua y estructura la identidad cristiana, corresponder a lo que Dios quiere y espera de cada uno de ellos, al igual que los jóvenes protagonistas del Nuevo Testamento (María, José, Juan Bautista) fueron marcados por la espiritualidad de la generación en la que crecieron y se prepararon para ser dóciles y generosos al llamado de Dios.

Que el Buen Dios les bendiga, y que el ejemplo e intercesión de San José nos anime y fortalezca en nuestra vocación de testigos del amor de Cristo Resucitado en medio de la realidad que vivimos.

¡Paz a todos ustedes!

+ Emilio